

OFRENDA A SALVADOR RUEDA

I

CREADOR DE PERLAS

*Sus libros son como jarrón de rosas,
sus cantos, sublimadas armonías,
panoramas de bellas lejanías,
cielos con ninfas y gentiles diosas;*

*nacaradas auroras lúminosas,
vergeles de perennes ambrosías,
brocados convertidos en poesías,
joyel donde engarzó 'Piedras preciosas' ...*

*Y por eso sus perlas deslumbrantes
ganaron a su nombre excelsa palma
hasta en los continentes más distantes ..*

*Repose el vate insigne, duerma en calma,
¡pues sus versos, cascada de brillantes,
exaltan las facetas de su alma!*



Retrato de Salvador Rueda

II

CANTOR DE LA RAZA

*No sólo fué color, fué sentimiento
lo que vibró en sus cánticos triunfales,
fueron humanitarios ideales,
de España el corazón y el pensamiento.*

*«Por ambos mundos» resonó su acento,
cantando nuestras gestas nacionales,
porque fueron sus salmos inmortales,
«lenguas de fuego» que difunde el viento.*

Dos hemisferios con su verbo enlaza,

*do la bandera ibérica tremola,
símbolo y estandarte de la raza.*

*Nuestra Historia burila y acrisola
y con himnos de amor la prole abraza
de esta hidalga y genial patria española.*

III

INMORTALIDAD

*Nació cual sol que irradia y reverbera,
do el mar su cuna con caricias baña
y por eso, genial, vibró en su entraña
la luz y el fuego de la tierra ibera.*

*Llevado triunfalmente por doquiera
puso muy alto el pabellón de España
y su estro excelso que jamás se empaña
fué para el arte celestial lumbrera.*

*Pero ese astro en la tierra halló su ocaso
para surgir más grande y duradero
por las gloriosas cumbres del Parnaso:*

*que el genio nunca fué perecedero,
pues la inmortalidad le abre su paso
por ley divina, por egregio fuero,*

*¡ como eternos serán Petrarca y Tasso
y la obra de Cervantes y de Homero!*

TIRSO CAMACHO

YO CONOCÍ AL POETA....

Una doble emoción, Señores Académicos, corre por mi pluma impregnando estos renglones y vertiendo en ellos, junto a la nota del recuerdo, mi gratitud a un tiempo por este homenaje a Salvador Rueda, con quien me ligaron fuertes vínculos de amistad, de paisanaje y de admiración, creyéndome tocado por ello de alguna razón de albaceazgo en el hoy solemne de la Academia; que unido voy a su memoria, a más de todo, por la devoción que siempre le rendí, culto fervoroso y perdurable al poeta excelso de briosa rima, catador de laureles y honores, que jamás lograron abatir la humildad y la modestia proverbial del cantor insigne.

No pretendería yo aquí, hacer tampoco un juicio literario o crítico sobre la obra del maestro, juzgado ya, antes y después de muerto, como merecía su arte y su figura, que supo escalar, para su gloria, las cumbres más codiciadas de la reverencia humana.

Yo conocí a Rueda personalmente hace muchos años. Mi admiración a las bellas estrofas polifonas del maestro me acercó a él, siendo yo estudiante en Madrid, con ocasión de la lectura de su poesía a Espronceda en un certamen literario, ante un público absorto y electrizado.

Y en el rumbo y en las horas de mi vida después, muchas veces, me solacé con el recuerdo y el deleite de las estrofas predilectas, llenas de palpitación vital, música y pasión y ritmo y arte a un tiempo, aromas de ternura y fe, saudades y tristezas y añoranzas, con la emoción de la fuerza descriptiva, valiente y sonora, de la maga inspiración meridional. Y ya, hasta muchos años después—hace dos veranos—, que fui a Málaga a visitar al maestro, con la misma unción con que se visita a un santo.

Y en una casa modesta y humilde —como su persona—, en las faldas del monte, atalaya del mar vecino, rendí al poeta mi postrer saludo, en unas horas de inolvidable sabor, ante los chorros de oro de su fantasía, torrencial de bellezas, incansable forjadora de imágenes felices, troqueladas con el arte exquisito de su palabra.

Y allí, y ante mí absorto, adquiría resonancias mágicas la voz menuda y leda del ancianito glorioso, ya recluso, por el cansancio de los años y los desengaños, en el sosiego del lar apacible, avaro de percibir y sorber en el voluntario retraimiento, el tibio y confortable aliento de esas sensaciones puras y gratas, olor de campo, de prados y de flores, de brisas salinas, silencio dulce de oratorio en el regazo de la tierra madre.

El campo es como un paraíso en la vida.

Todo lo que nos hiere, en su calma se olvida.

Yo os digo, Señores Académicos, que asistía a aquellos momentos imborrables con la misma emoción que si contemplara una reliquia. No en balde los años habían pasado, labrando la huella de la senectud triunfal. Casi ciego y consumido, ya mustias las pupilas que supieron de las bellezas de tantos panoramas, musa de sus versos, el viejecito amable me abrió sus puertas—las de su casa y su espíritu—con su generosa y proverbial cortesía, embalsamando y recreando las horas que me retuvo embelesado, con la grata sinfonía orquestal de su palabra, débil y suntuosa a un tiempo, latidos de su inspiración de águila matizados con la ternura de su caudal emotivo.

Y así, pasto de la hostilidad senil, cansado y rendido, el gran poeta distraía sus años postreros entre Benaque—nido de los montes donde meció su cuna—y Málaga—la gentil y alegre ciudad—, siempre a la vista del mar azul, donde sus ojos ya tristes y opacos, borrachos de tanta belleza, añorarían los eternos horizontes de luz y de color, la magia de los crepúsculos marinos, el gran escenario de la naturaleza amada con la opulencia de sus vistosas perspectivas, algo difuminadas ya en las lontananzas del recuerdo.

Aquel día para mí fué memorable, en el halago de mi espíritu. Allí, el desfile profuso de las bellas ideas, cabe las nostalgias y tristezas de la ancianidad, salmos y reverencias de la fe y del arte,

las galas de la poesía en todos los momentos del alma prócer; en la solemnidad de unas horas vividas con fruición y deleite en el albergue humilde del humilde poeta glorioso, que supo de los más altos homenajes en todas las latitudes del planeta.

Y heme allí frente a él, en el saboreo selecto, para percibir con la unción merecida las evocaciones de la más pura y excelsa solera estética de la tierra malagueña.

Por eso, Señores Académicos de la Sevillana de Buenas Letras, ya que habeis tenido la gentileza y la distinción de ofrecer este homenaje, avalado con el mérito de vuestras aportaciones, me he creído obligado y aludido en mi triple calidad de amigo, paisano y admirador de Salvador Rueda, y os expreso mi gratitud como si el honor y el mérito ajeno me afectara; como queriendo buscar cobijo y amparo y aliento a mi insignificancia literaria en esta Academia, asiéndome y enrolándome a cualquier afinidad o motivo, que en este caso lo forjo y lo presumo: con el aroma de la amistad, con el recuerdo de una comunión artística y con ese vínculo de la común tierra madre, donde nació y donde reposan las cenizas del más alto y esclarecido poeta meridional.

FRANCISCO BLÁZQUEZ BORES

Sesión del día 5 de mayo de 1933

